

de la Acrópolis y las guerras de Pericles habían dejado casi exhausto el patrimonio de la República. Fué necesario echar mano del tesoro de la Diosa, para armar al nuevo soldado.

Los atenienses volvieron victoriosos. Habían vencido al enemigo. El joven guerrero había realizado proezas que hicieron sonreír varias veces de contento los labios de la victoria. Orgulloso y sonriente, el ejército entró en Atenas entre himnos de triunfo y aclamaciones de alegría. Pero no bien hubo pasado el agasajo con que la ciudad recibió a sus defensores, Amintas pensó en llevar su escudo triunfante y heroico para que, una vez fundido, pudiera fabricarse de nuevo la pieza que había tomado en préstamo a la diosa. Con este pensamiento se dirigió a casa de Pericles. Durante el camino, la Tristeza le hizo compañía: hubiera querido conservar todo aquello que recordara sus riesgos y empeños por la Patria.

Pericles recibió con sorpresa las palabras del muchacho, y tomando el escudo, le rogó le acompañara. «Ven, vamos a pagar esta deuda de Atenea». Salieron a la calle. El sol regocijaba la tierra con una cálida lluvia de diamantes, y la atmósfera tibia y diáfana comunicaba a los seres y las cosas un brillo inusitado. Recorrieron varias calles y comenzaron a subir hacia la ciudadela sagrada. El joven estaba sorprendido. Qué iría a hacer Pericles con su escudo a la Acrópolis, donde no existía ninguna fundición? Sin embargo continuaba caminando, callado y tímido, sin atreverse a perturbar el silencio de seguro fecundo del viejo protector de la ciudad. La frente espaciosa del orador y estratego sutilísimo parecía, en efecto, arrugada por una extraña gestación de ideas. Probablemente busca a Fidias para encargarle el cuidado de la restitución, pensó Amintas. Tal vez esté el escul-

tor concluyendo algún trabajo en el templo.

Traspusieron los Propileos y se encaminaron al hermoso santuario de mármol que el genio ático había construido para hospedar a la divinidad tutelar. Un retórico explicaba a un niño, por qué en las esculturas del friso, Apolo se vuelve con un gesto de amable curiosidad hacia Poseidon. El dios lírico, decía, gusta de curiosear en los dominios profundos del océano, y los poetas, agregaba, han seguido en esto los gustos de su tutor celeste, acostumbrándose a arrullar sus sueños con el rumor solemne de los mares.

Pericles y su compañero penetraron en el templo, mudos de respeto, y se dirigieron hacia la Diosa que, grave y serena, empuñando con una mano la triunfadora lanza, parecía penetrada de la devoción de que era objeto. Pericles se acercó a la estatua con el orgullo sencillo de quien lleva en las manos un regalo de gloria o una ofrenda de eternidad, colocó tembloroso el escudo al pie del pedestal, y volviéndose a la Diosa, le dijo: tómallo, es tuyo; está hecho con el oro de tu entraña. No tiene adornos pero vale tanto como las rodelas de los héroes homéricos cuyos discos resplandecientes como soles, estaban ilustrados con la historia de los dioses. Este muchacho lo ha ennoblecido con pensamientos dignos de esos dioses y hazañas dignas de aquellos héroes. Y luego a Amintas:—Embrázalo una vez más, es tuyo también. El joven lo cogió, pálido de emoción. ¡Cuántos recuerdos de heroísmo, cuántos impulsos de entusiasmo, cuántos deslumbramientos de gloria no debía sugerirle aquel radioso testigo de sus luchas! Y puso sobre la rubia lámina un beso que pareció encenderse como un destello de sol. Su rostro había tomado en aquel momento supremo una sencilla y al mismo tiempo grandiosa majestad.

A los maestros: Acabamos de recibir la importante obra
Cuadros de la Naturaleza, de J. ANTONIO URIBE.